

FRANCISCO ORTEGA

SALISBURY

El horror de Berkoff

minotauro

La casa miraba hacia el pueblo. Era enorme y parecía desdibujada y vencida. Las ventanas descuidadamente cerradas le daban ese aspecto siniestro de todas las casas viejas que han pasado mucho tiempo solas... A la derecha, un destartado cartel clavado sobre el poste advertía: Prohibida la entrada.

Salem's Lot

STEPHEN KING

No es que oyera pasos ni voces, ni que sintiera que me vigilaban en los pasillos que me levanto a recorrer en esta casa insondable. Pero poco a poco se me fue ocurriendo, y después advertí, que alguien había comenzado a recorrer los patios, las habitaciones huecas, los pasadizos, igual que yo...

El obscuro pájaro de la noche

JOSÉ DONOSO

AGOSTO, 1980

1

Los amigos imaginarios existen, todos los niños los tienen. Y aunque algunos no son más que una idea, otros, como los de Pablo Clausen, te pueden matar.

Emilia y sus mejores amigos no habían cumplido los seis años la última vez que vieron a Pablo con vida. Ocurrió durante una tarde lluviosa que pasaron entera en la sala de clases, dibujando y pintando el invierno en sus opacos colores. Al día siguiente, la tía Sara, profesora jefe y mamá de Emilia, les contó que algo le había ocurrido a Pablo. En un principio no especificó si era algo bueno o malo, simplemente era algo. Luego, entre lágrimas, les inventó que Pablo estaba enfermo y que había muerto durante la noche. Para algunos de los niños era la primera vez que les hablaban de la muerte, también que veían a un adulto llorar.

Y llorar de miedo.

Aunque, claro, ninguno se dio cuenta de que era miedo lo que sentía la tía Sara.

Antes de la hora de almuerzo, y con los papás presentes para que ninguno de los pequeños se asustara o hiciera preguntas complicadas, les hablaron acerca de la muerte. El pastor Geeregat, rector del colegio, profesor de historia, esposo de la tía Sara y papá de Emilia, improvisó una linda fábula acerca del tránsito a la otra vida y les aseguró que como Pablo era solo un niño, ya estaba en compañía de Dios Padre y transformado en un ángel de las alturas,

porque de los niños era el reino de los cielos. Además, continuó, ya que todos eran salvos que habían aceptado a Cristo como su legítimo salvador, el día de la segunda venida, cuando finalmente sucediera el arrebatamiento de la Iglesia, se iban a encontrar con su amigo en el cielo, por la gracia y el poder de la sangre del Señor. Amenizaron la reunión con galletas y chocolate caliente demasiado azucarado, tanto como la propia sangre de Jesús.

Ese día los dejaron volver temprano a casa. Pércival Guidotti se fue en silencio con su padre, pensando en la muerte de su propia madre, a la que nunca conoció. Juan José Birchmeyer no pronunció palabra alguna durante el trayecto al fundo patronal, aunque su madre, una de las pocas católicas del pueblo, comentó que eso pasaba por tratarse de niños no bautizados. Guillermo Geissbüller cubrió, como cada tarde, su rostro antes de abordar el viejo auto de la familia. Emilia Geeregat lloró de pena porque quería mucho a Pablo, mientras que Martín Martinic solo se preguntaba cómo iba a hacer para recuperar un camión a control remoto que le había prestado al ahora muerto la semana pasada. Su madre lo tranquilizó prometiéndole que ella iba a ir por el juguete cuando se calmaran las aguas. Nunca cumplió la promesa. Fue una de muchas que no cumpliría en su vida y, aunque estaba lejos de ser la más relevante de sus fallas, a la larga resultó la que más le importaría a su hijo.

Enterraron a Pablo Clausen dos días después. El ataúd fue velado en el templo del colegio y la ceremonia la encabezó el pastor Geeregat, acompañado por ministros de las distintas congregaciones evangélicas del pueblo. Apoderados, profesores y alumnos de todos los cursos estuvieron allí, la mayoría ubicados de pie junto a la salida de la capilla. En primera fila dispusieron a los veintitrés compañeritos de kindergarten, todos vestidos de impecable uniforme. Solo faltó Guillermo, por la evidente razón de verse obligado a exponer su rostro, o aquello que tenía por rostro, a la vista de quienes no eran sus cercanos y amigos.

El mensaje del papá de Emilia fue hermoso y estuvo decorado con palabras de esperanza. Se habló de resurrección, de eternidad y de la certeza de que todos los presentes, niños y adultos, en tanto convertidos, disfrutarían de la promesa de una vida nueva corriendo sobre prados de seda verde, bebiendo de ríos de leche y miel, y jugando con leones y tigres, que allá arriba, en el paraíso celestial, pastaban mansos como ovejas y corderos, porque en el cielo no había mal ni sufrimiento, tampoco carnívoros.

Congelados en su silencio, los ahora seis integrantes de la familia de Pablo Clausen se posicionaron en la fila de enfrente. Sentían pena, pero también culpa. Aquello de no hacer caso a los niños porque lo inventan todo les pesaba; claro que jamás lo iban a confesar. Pues los niños tienen una imaginación poderosa, pero

simplemente dicen lo que ven. Y cuando un niño siente miedo en medio de la noche es porque está observando algo que de verdad lo aterra.

Sin embargo, los adultos están incapacitados para entender ese tipo de miedo. Los suyos se limitan a deudas y amores no correspondidos, apenas un pálido reflejo de lo que enfrenta un niño cada vez que apaga la luz del velador y se queda solo en la oscuridad. Los monstruos, los verdaderos monstruos, son hartos más que ropa arrugada y amontonada en una silla al fondo del dormitorio. Los niños saben lo que hay bajo el colchón, han visto aquello que los acecha cuando cae la penumbra, y no se trata de sombras ni crujidos provocados por cambios de temperatura —como justifican luego los padres—: es algo que está vivo, que los busca, que los molesta, que les hace daño. Algo que los agarrará y los llevará lejos si se atreven a bajar de sus camas.

¿Por qué creen que tantos niños se orinan en las sábanas?

Como los amigos imaginarios, los terrores nocturnos existen, son reales. Y a veces, como en el caso de Pablo Clausen, son la misma cosa.

La ceremonia de entierro fue corta. Estaba lloviendo, había viento y la idea no era presionar a los papás del niño fallecido. Geeregat ofreció nuevas palabras de aliento, bendijo el cuerpo, oró en nombre de todos y luego, entre los gritos desesperados de la señora Clausen, el pequeño fue sepultado. Antes de arrojar la primera palada, se pidió a los menores presentes retirarse unos pasos para que solo hubiese adultos alrededor del sepulcro, y así evitar que se impresionaran con los llantos o el sonido de la tierra golpeando el ataúd.

Pércival Guidotti no obedeció y fue el primero de los niños que insinuó que el féretro estaba vacío. Apartó a sus mejores amigos, Juan José, Martín y Emilia, y les dijo que el cajón sonaba hueco, que se oía como si allí dentro no hubiese ningún cuerpo. Emilia se puso pálida, pues sabía perfectamente que las palabras de su gordo amigo de anteojos redondos eran ciertas.

Uno de los hermanos mayores de Pablo escuchó a Pécival, se le acercó y lo hizo callar amenazándolo con partirle la boca de un puñetazo. Emilia rompió a llorar y corrió a abrazarse con su madre. Le mencionó que Pablo no estaba muerto, que lo habían raptado. Su mamá le preguntó de dónde había sacado eso. Ella le respondió que el mismo Pablo se lo había contado, que cada noche llegaban sus amigos a molestarlo y que le habían advertido que se lo iban a llevar.

—Pablo tenía mucho miedo, mamá, pero nadie le creyó —susurró—. Son negros, pequeños y tienen solo cuatro dedos en las manos. Viven en los bosques y solo salen de noche. Cuando Pablo los conoció, ellos le hacían regalos y le decían que lo iban a cuidar, que lo querían mucho. Era mentira, mamá... Todo era mentira. Ellos solo querían llevárselo a las cuevas... Tienen la lengua partida en dos, como las culebras —sollozó la niña.

Martín, aunque oyó la conversación, prefirió no revelar nada al resto de sus compañeros. Él también había visto a los monstruos, hablado con ellos, pero esa, por supuesto, era otra historia. Escuchó atento cómo la tía Sara consolaba a su hija diciéndole que Pablo imaginaba cosas, que esas criaturas negras no existían, que eran solo delirios de su mente confundida, que todos sabían que a los niños cristianos no los molestaban los seres de la noche.

—Y tampoco hablan con los muertos, Emilia... Claro que tu compañerito tenía miedo, mi amor, a la enfermedad que lo estaba consumiendo.

Lo más inusual de todo, pensó Martín mientras oía a la mamá de su amiga, no eran los monstruos, sino que todos hablaban de la enfermedad del menor de los Clausen, pero nadie decía qué tipo de enfermedad era.

¿Estaba realmente enfermo Pablo? Sí, probablemente lo estaba y tenía el mismo mal que padecían todos los habitantes del pueblo, el mal de Berkoff. O el horror de Berkoff, como algunas décadas después un treintañero Pécival Guidotti titularía su primera novela.

Pero aún tenían que pasar muchas otras cosas.